

M A D R I D.
En el DERRAMTO CALCOMAR-
VICO, calle de Preciados.

PROVINCIAS.
En las principales li-
brerías.

EL REFLEJO,

REVISTA SEMANAL

Sale todos los jueves á mediodía, y da mensualmente dos ó tres láminas en acero.

El precio de suscripción para Madrid es 12 rs. al mes y 30 por trimestre. Para las provincias 40 rs. por trimestre si se verifica el abono en las respectivas librerías; y 30 si se hace la suscripción en el DERRAMTO CALCOMARVICO en esta corte, ó se remite franco de porte su valor en letra, ó libranza sobre correos, á la orden del Director del REFLEJO.
Sin láminas ó rs. al mes en Madrid. Para las provincias 18 ó 24 por trimestre segun el modo de verificar la suscripción.

LAS MUJERES

EN EUROPA Y EN ORIENTE.



VOLVIENDO de Greenwich á Londres por el Támesis, en uno de los vapores que á todas horas hacen esta travesía de recreo, tuvimos ocasion de trabar conocimiento con un griego, intérprete de la embajada turca en Inglaterra, y que lo habia ya sido antes tambien en Paris durante algunos años. Su cargo le habia proporcionado el llegar á apreciar bastante bien las costumbres europeas, siendo al mismo tiempo perfecto conocedor de los usos interiores de su pais, por haber sido esclavo adicto al servicio del gran serrallo en Constantinopla, y pasado en él su mas tierna infancia hasta la edad adulta.

El modo hábil con que le oimos producirse acerca de la educacion que se da á nuestras mujeres, y las consecuencias que esta misma educacion ocasiona en las diversas fases por las cuales pasan luego en la sociedad, nos hizo juzgar de la exactitud de sus opiniones respecto á las mujeres de su pais, por contrarias que estas nos pareciesen ser á las que jeneralmente hemos adoptado en Europa, siempre que se habla

de la vida doméstica en Oriente con relacion al bello sexo.

No pretendemos nosotros apurar en estas breves líneas todas las razones que el buen griego nos manifestó en lo mas íntimo de su conviccion, ni es nuestro ánimo probar á nuestras lectoras la ventaja que lleva la posicion de las *odalisecas* musulmanas al lado de la que ocupan las señoras europeas, como el intérprete turco se esforzó en demostrarnos. Solo si podemos decir que el calor con que le vimos espresarse, el aire de persuasion que dominaba en sus palabras, la fuerza de raciocinio con que comparaba unas y otras costumbres, ofuscaron nuestra mente en términos que, ahora mismo que lo recordamos, aun nos sentimos vivamente impresionados de la verdad de muchos de sus argumentos.

Vosotros llamais señoras á vuestras mujeres, nos decia, las habeis declarado dueñas absolutas del hogar doméstico; son reinas de vuestros corazones, imperan en todos vuestros actos; de la eleccion de una buena esposa pende la fortuna de vuestra vida, el bien estar de vuestra existencia, la paz de vuestra alma; las habeis hecho partícipes en vuestros negocios, libres en el obrar, árbitras en el decidir. Solteras, mendigais sus miradas: esposas, consultais sus caprichos. Si de un modo os obliga á ello la passion, del otro os fuerza la deferencia y la tranquilidad del hogar. Sois siempre esclavos, ora os guie el desprendimiento del cariño, ora la abnegacion del deber. Al propio tiempo las habeis educado en una ignorancia supina del corazon humano, de ese corazon al cual son llama-

madas á gobernar. Jóvenes, el deseo de agrandar las pervierte; mas entradas en años, el afán de brillar las seduce: decrepitas ya, los cuidados mas impertinentes de la casa las entretienen y alborotan.

Consecuencia inmediata de esa ignorancia en ellas es la frecuencia del adulterio. No sabiendo cual es el verdadero objeto del matrimonio, y deslumbradas con falsas ideas, se entregan al hombre que menos simpatías les merece, y cuando las terribles pruebas de la ciencia de los sentidos despiertan su alma van á acabarla de aprender no en el seno del dueño legítimo que les habeis impuesto, sino en los brazos del seductor, cuyos artificios le vedareis antes comprender, ó en los del amante por quien su corazón inocente suspiraba. Las acusais en seguida torpemente, os complacéis en el escándalo, y las señalais ignominiosamente. Si la infeliz no tiene fuerza para resistir, la amargura enlutará el resto de sus dias; si osada con su propia afronta os impone con su ademan, y os obliga al silencio con sus miradas, un murmullo sordo la rodeará por todas partes, y su alzada frente habrá de hallar valor en el mismo menosprecio. Ninguno se cuidará de remediar al mal, ninguno de buscar escarmiento en la pobre mujer prostituida. Mañana se repetirá la misma imprudencia en el hombre, para sumergir á sus hijas y á sus hermanas en el mismo estado que tanto vitupera.

Y he aquí á lo que llamais ser *soberanas* de los hombres, *señoras* en la sociedad. Pobres mujeres! les concedéis unas armas con las que sin remedio se suicidan, pues no les enseñais á manejarlas! Funesto don, que destruye las afecciones mas puras, que gasta los mas tiernos sentimientos! Ridícula supremacía, que acaso estuviera mejor empleada en los públicos negocios de un estado que en el gobierno íntimo del corazón humano!

Pero, venid al Oriente. Apenas nace la mujer le enseñan cual es su misión sobre la tierra; le revelan las primeras palabras que el creador del universo dijo al hombre cuando le entregó la mujer. «Carne de tus carnes, tus hijos llevarán la misma carne:» y la mujer supo que el gran hacedor la colocó en la tierra como instrumento de reproducción. No le dicen que dominará al hombre, no; porque es una mentira, y el que todo lo puede veda mentir á su semejante. «Serás esclava de tu señor que te colmará de dones, si le eres fiel.» dijo Dios á Agar; y la mujer fue declarada para recreo del hombre. En Oriente los primeros sonos que hieren en el oído de las jóvenes son las palabras santas que la tradición religiosa ha conservado hasta nuestros dias, las palabras de enseñanza que en los primeros

tiempos fueron reveladas al hombre por la divinidad: de este modo la mujer es sumisa por religión; afable por convicción; complaciente con su dueño sin repugnancia: pues no creais que las odaliscas en el serrallo lamentan su suerte como vulgarmente se supone en Europa, y que buscan ansiosas por las tupidas celosías del harem la vista de algun mortal para recrearse. No pueden quejarse de su destino, porque es el mismo de todas las mujeres en su país; y si les cuentan que en otros países las mujeres son libres, las compadecen mas bien que desear tal ventaja, que para ellas no lo es. Ellas no conciben otra libertad que la de poner en práctica todos los medios de agrandar á su señor, de ser la preferida, de llegar á ser la esposa que ocupe el lecho privilegiado. La vida en Oriente es vida de interior, vida de placer doméstico. Los gozes que hay que ir á buscar á la casa ajena, ó á la plaza pública, son detestados; por eso no existe esa afición á salir de la propia vivienda, que vosotros llamais en Europa clausura y encierro. Vuestras mezquinas ideas no os permiten comprender la grandeza del sistema social en todo el Oriente, y por eso le esplicais mal y llegais á imaginaros en vuestra cortedad que son dignas de lástima aquellas mujeres, cuando en rigor son las mas felices del universo; pues la felicidad consiste en desear siempre; y como ha dicho un famoso filósofo vuestro: «Son mas dulces los deseos que los placeres.» La vida de los harenes es toda de deseo, de satisfacción que se busca, de colmado de deleite que se espera, de recreo que se siente en grata ansiedad.

Vosotros habeis inventado la unidad en el lecho conyugal, y ahí teneis todo el jérmén de vuestros vicios. Vosotros habeis creído que es grato á la divinidad lo que en matrimonio llamais deber, y ved como la divinidad os castiga con ignominiosa esterilidad, con la pérdida de la afección y con la querrela en vuestro hogar. Vosotros habeis instituido la vida pública de la mujer, y mirad como ella os ocasiona la profusion supérflua de galas y joyas, y con ella el adulterio, con ella la envidia, con ella el baldon en vuestra frente. Y os llamais sábios, y os llamais civilizados, y pretendéis imponernos una ilustración que nosotros los bárbaros del Oriente rechazamos; porque la ilustración debe ser del corazón, y nosotros cual ninguno le poseemos, nosotros cual ninguno sabemos sus verdaderos resortes y el modo de escitarlos para complacer al alma sin daño del propio cuerpo ni del ajeno.

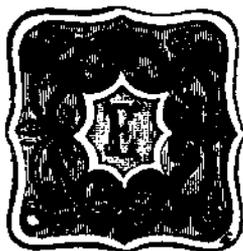
Así razonó el intérprete de la embajada turca, pero sus palabras, sus jiros y sus frases iban revestidas de cierto orientalismo, que no nos es dado á nosotros el imitar. Bien sabemos que al-

gunas de nuestras lectoras se escandalizarán sin duda de semejante modo de juzgarlas, sobre todo si hubiere alguno que quisiese sujetarlas ahora al rejimen de felicidad que el buen griego nos dijo reinaba en los harenes. No abrigamos nosotros tal intento; pero, sin ofender al bello sexo, seanos permitido repetir las palabras del intérprete. «Pobres mujeres! Os conceden unas armas con las que sin remedio os suicidais, pues no os enseñan á manejarlas!

—
ARISTIPO.

LA CORONA

del Dante y del Petrarca.



L golfo de Nápoles ofrece uno de esos puntos de vista admirables, al viajador sensible que se reclina á sus orillas, contemplando sobre su

cabeza un cielo azul y purísimo que se estiende como una cúpula inmensa, y á su frente las casas blancas y sencillas de los Nobles napolitanos.

El golfo se dilata pacífico y brillante como un espejo de Venecia, y al fondo de aquel cuadro magnífico se eleva, como para formar contraste, la negra y tortuosa pirámide de humo enrojecido que arroja el Vesubio con estruendo amenazador. Antes de desaparecer bajo las móviles ondas, el sol arrebolado entre nubes de oro y grana lanza el último rayo de luz sobre la villa que tristemente abandona, como el amante que clava en la mejilla de su amada el beso de la tarde. Poco á poco el ruido se va atenuando, y la luz desapareciendo; las barcas se van oscureciendo sobre la superficie del mar, y las sombras de los bosques de la ribera se agrandan y se dibujan vacilantes sobre las olas estremeadas por la fresca brisa de la noche.

De repente, hiende los aires una voz pura, armoniosa y sonora. El que la escucha, apenas se atreve á respirar, figurándose que la sombra de Virgilio, cuya tumba está en aquellas playas, vuelve á los sitios que tanto amaba á repetir sus inmortales cantos. Mas los nombres de Armida y de Reinaldo hieren entonces sus oídos, y la ilusión se desvanece, pero no aquel énfasis agradable. Es la voz de un pescador que entona los versos del Taso. Este nombre llega hasta la orilla y allí muere como un triste murmullo. So-

noras, dulces é inspiradas son las estrofas que canta el pescador, pero no son los versos del Taso; es una interesante balada que aun conserva el pueblo de Nápoles, y la cual os voy á referir.

Una tarde del mes de junio de 1586, Pietro regresaba á la ciudad cansado y abatido. Partió al amanecer despues de abrazar á su mujer y á sus hijos, prometiéndoles una opípara cena para la noche. Pero la fatalidad le persiguió aquel día, y sus redes habian salido siempre vacías, siendo así que las de sus compañeros habian recojido mas abundante pesca que nunca.

«Pietro, le dijo un compañero, enseñándole en su barca los mas delicados pescados que cria el golfo napolitano, canta, canta, y te dejaré escojer los que mas agradan á tu mujer y á tus hijos.

Mateo, le replicó el pescador, el ruiseñor no canta cuando sus hijuelos tienen hambre y sed; no tengo humor para cantar. Vendeme algunos de esos pescados, que mañana, si san Jenaro me favorece y soy mas dichoso, te los pagaré largamente.»

Mateo rehusó complacerle, y Pietro, enjugando con sus curtidas manos dos lágrimas que se desprendian de sus ojos, exclamó: «Pobre Anita! pobre Julio, hijó mio: no tengo que daros sino mis lágrimas....» Y el dolor del barquero era tan profundo que ni se apercibió de que Mateo le habia abandonado, ni vió tampoco á un extranjero, que embozado en su ancha capa, y parado delante de sus ojos, le miraba con interesante desvelo.

«Pietro, le dijo el desconocido con voz dulce y melancólica: el hombre en cuyo corazon ha sembrado Dios el jermen de la poesía, debe resignarse á sufrir sobre la tierra: porque la poesía es una sensibilidad exquisita, es una alma que se despierta en el fondo de nuestra alma. Coje tus remos: á mi me encanta en la soledad de la noche, y lejos de los hombres, vagar sobre los mares, oyendo en la boca de un pescador esa poesía, que es sin duda una armonía oculta que desciende misteriosamente de los cielos.» Al mismo tiempo entregó á Pietro una moneda, y saltó lijeramente en la barca que se hallancó airoosamente como un jeneroso corcél dispuesto á hender el espacio.

«Quién le ha contado á su señoría, le dijo el pescador mientras se apoderaba del remo, que Pietro canta?

—Ayer lo he oido, y tu canto respiraba alegría; celebrabas en él las dulzuras de tu estado, y la dicha de vivir desconocido.

—Es que ayer la pesca fué abundante..... pero hoy.....

Ayer tu voz me ha consolado. Sí; tú has nacido poeta. Pietro, tú eres poeta y no lo sospechas. Dios te ha dicho, «canta», y tú cantas, y tus compañeros pescadores repiten tus baladas para distraerse de sus trabajosas faenas. La envidia no ha penetrado hasta tu hogar.

—Ah! señor, eso consiste en que todo el sitio le tiene ocupado la miseria!

—Pietro, cuando tú recitas tus canciones no viene ningún magnate á interrumpirte, para hablar de cetrerías ó de corceles; tú eres el único que se hace comprender del pueblo.

—Oh! no..... soy algo menos ignorante que mis camaradas..... al fin sé leer, y lo debo á mi tío que es monje en el convento de san Onufrio: se llama el padre Ambrosio. Un día le recitaba yo un cántico que había compuesto á nuestra Madona; me habló de gloria, de riquezas, de honores, y se empeñó en instruirme. Veinte años tenía yo entonces, y trabajaba con asiduidad, estimulado por la recompensa. Los monjes escuchan embebecidos mis cánticos. Un día mi tío me regaló un libro: era la Jerusalén libertada de Torcuato Taso: poema que habrá sido escrito por la mano de un hombre, pero que ha sido dictado por un Dios. Mi vida se redujo desde entonces á hojear aquel poema divino. Cuántas veces decía yo al padre Ambrosio que en el mundo solo desearia ser el Taso! Y el anciano levantaba tristemente los ojos al cielo. Le pregunté la causa y me refirió los infortunios de Torcuato, su amor desconocido por Leonora, su larga y terrible prision, su funesto destino! Temblé entonces por su triste suerte, y ya no he vuelto á componer! Rara vez canto mis versos, sino los del Taso. Quereis que os recite algun episodio de su inmortal poema?

—No; una balada de tu ingenio.

—Ahora bien; os voy á cantar una que nadie me ha oído nunca, y que versa sobre las desgracias del Taso.

—Y por qué no la has cantado á nadie?

—Porque no está concluida, ni lo estará hasta el día en que el poeta reciba en el capitolio la corona del Dante y del Petrarca.»

Pietro cantó su balada; tierna elejía en la que nada faltaba, ni los amores del Taso, ni sus padecimientos, ni su cautiverio, ni sus errantes peregrinaciones, cuando el jénio mas sublime de Italia, mendigando un pedazo de pan, iba á dormir sin abrigo á la puerta de los palacios en los que se le negaba hospitalidad.

Cuando el pescador dejó de cantar, quedó todo sumido en el mayor silencio: únicamente se oían el rumor de los remos y los suspiros del extranjero melancólico. La barca llegó á la orilla sin que se interrumpiese tan solemne silen-

cio. Pietro conmovido ofreció al desconocido un asilo en su cabaña, y este aceptó. Transcurría la noche y las horas les parecieron cortas, amenizadas con la poética y elegante erudición del desconocido, y con los rudos y armoniosos conceptos del pescador; pero haciéndose ya tarde se descorrió el velo que ocultaba la efigie de la Madona colocada sobre el hogar hospitalario, y arrodillándose Pietro y su mujer oraron en alta voz, mezclándose entre sus plegarias el nombre de Torcuato, aquel poeta tan grande y tan perseguido. El extranjero parecia ajitado y religiosamente enternecido, pero no pudo articular aquel nombre.

Al siguiente día, al despedirse el extranjero de sus sencillos amigos, les abrazó cordialmente dejando á Pietro para recuerdo de su amistad un volumen lujosamente encuadernado. Era la Jerusalén libertada del Taso. El pescador le preguntó su nombre, pero el desconocido se alejó respondiéndole con indecible tristeza y apretando su mano en señal de cariño: «Yo tambien soy poeta.» El tono desconsolado con que pronunció aquellas palabras hizo una impresion profunda en Ana y en Pietro, quienes no acertando á esplicarse el respeto y el amor que aquel hombre les había inspirado permanecieron silenciosos y pensativos en el umbral de su cabaña, hasta que le vieron desaparecer como una sombra misteriosa por detras de una colina.

(Se concluirá.)

R.....

PENSAMIENTOS RELIJIOSOS.



NUESTRA miseria presente nos dice nuestra grandeza futura, y al considerar el fugaz instante que llamamos vida sentimos que un alma como la nuestra que ama á Dios, y apetece amándole ser inmortal, no ha nacido para lucir y desaparecer como un relámpago, sino para brillar como sol en las rejiones incorruptibles de la eternidad. Qué mas? hasta los placeres que gozamos nos prueban esta verdad consoladora. Cuán breves son y cuán incompletos! jamás alcanzan á llenar el corazón. Y sobre esto (lo que es mayor miseria!) cuán desasosegados! En medio de la voz estruendosa de los festines oímos siempre algun ay! de tristeza, y cuando nos arrojamus delirando en brazos de la alegría ya está de acecho para saltarnos la pesadumbre precursora de la muerte. Asi nos cuenta el divino Milton, que espíaba el

ánjel del mal los púdicos abrazos de nuestros padres en el Paraíso.

Considerad en una fresca noche de verano á la hermosa Parténope de los antiguos. Besada por las olas brillantes y suaves del mar, reposa Nápoles entre flores al son de céfiros perfumados, y mira hechizada aquel cielo tan puro, tan gracioso, tan bellamente estrellado....Pero no lejos de la encantada ciudad elevase lúgubrememente una montaña, y de ella se ve subir ondeando con espantosa tristeza una columna de humo. He ahí una imájen triste, pero fiel, de los placeres del mundo.

Corazon del hombre! si tú apeteces la felicidad, si la que gozas en el mundo no te llena, dónde está la que podrá llenarte? Felicidad del mundo! si eres una ficcion, dónde se encuentra la realidad? Dónde brilla la imájen divina, de la cual llevas en tí solamente un pálido reflejo?

Al pensar asi, el cristiano levanta los ojos, y mira al cielo.

El hombre piensa y siente: tiene cabeza y corazon, debe buscar la verdad y amar á la virtud.

El ignorante virtuoso se acerca á la supersticion; el sábio sin virtudes á la impiedad: dos mónstruos horribles de los cuales mancha el uno, y el otro destruye el altar de Jesucristo; mónstruos horribles, que como ocultan ó desfiguran el semblante de Dios á los ojos del hombre impiden la perfeccion moral, que solo puede alcanzar asemejándose por sus obras á aquel á quien es ya semejante por su espíritu.

La verdad debe iluminar á la virtud, la virtud vivificar á la verdad.

La ciencia, ó lo que vale lo mismo la investigacion de la naturaleza de los espíritus, y de las relaciones que entre ellos existen, enderézase principalmente al hallazgo de la verdad.¹

La poesia, que, en su acepcion amplia y lejítima, es la expresion mas bella de cuanto hay de hermoso y de noble, de tierno y de sublime en el corazon del hombre, diríjese principalmente á hacer amable la virtud.

La una alumbrá el entendimiento, la otra ennoblece el corazon.

Aquella es la luz, esta es el fuego del mundo moral.

Mirad al sol; si le robais la luz queda el mundo en tinieblas; si le robais el calor, el mundo ha muerto.

Nosotros hablamos de la ciencia que, partiendo de los principios de la religion ó animada por su espíritu, ilustra á los hombres acerca de la

virtud religiosa, ó les facilita, mejorando su condicion, llenar mas completamente los deberes que de aquella nacen; nosotros al hablar de poesia, recordamos á esa musa, que santifica hasta los mismos placeres con una especie de inefable y santa tristeza; musa casta, púdica, divina, que, como es la única que ha bajado de lo alto, es la única tambien que sabe los caminos del cielo.

De este modo, todo cuanto nace del entendimiento humano se endereza á un fin útil y grande; todo, todo reconoce una magnífica unidad. Demostrar esta unidad magnífica parécenos ser la grande obra que medita el siglo XIX, sobre la cual, como sobre base grandiosa é indestructible, ha la humanidad de alzarse, crecer... llegar á Dios....

El hombre, hijo del hombre, está lleno de corrupcion y de miseria; hijo de Dios de sublimidad y de gloria: toca por la carne á la tierra, y por el espíritu al cielo; y es su destino caminar de la tierra al cielo, apoyado en la cruz de Jesucristo.

Cuán magnífica es la jenealogía del jénero humano! Atravesando los siglos, subamos á la cuna del mundo. Quiénes fueron nuestros padres? Malael fue hijo de Cañon, «que lo fue de Henós, que lo fue de Seth, que lo fue de Adan, que lo fue de Dios.»²

Quitad esa palabra sublime «que lo fue de Dios;» romped ese eslabon que une al tiempo con la eternidad, y qué será entonces el hombre? Entre cuantos séres arrastran por la tierra el ser mas desgraciado: mira su cuerpo, ve una caña, y se estremece; piensa y se espanta: porque todo es en él corrupcion y miseria, todo tinieblas y ceguera, todo es nada....

Alejandro recorrió como un rayo, y dejó vencido y atónito al universo; hizo caer bajo su espada arrodilladas á las naciones, y la humanidad hubo de jimir esclava en todos los hombres para mostrarse en apariencia grande en un hombre solo. Pero no os deslumbré ni ese manto de oro, ni ese trono magnífico, en que sentado el héroe, en medio del silencio del mundo, resplandece. Debajo de ese manto se abriga el dolor, debajo de él vacila un cuerpo miserable, sujeto á pasiones y necesidades vergonzosas. Pero observad: mientras que sus capitanes mayores que reyes se inclinaban, adorando, delante del gran rey; mientras dejaba éste escapar un suspiro porque no habia otros mundos que conquistar, acercósele un fantasma, y le

¹ S. Lucas, cap. 3, vers. 38.



tocó la frente con una mano fría: el héroe se puso pálido, bajó al instante del trono, y entró en el sepulcro. Pero, antes de entrar en el sepulcro, se quitó la corona. Las naciones alzaron los ojos y vieron un trono vacío. Qué es del triunfador? Qué es del héroe que marchaba al frente de los hombres? Qué es del semi-dios, que con una mirada estremecía al universo? Acercaos, naciones, acercaos, y vereis al triunfador, al héroe que marchaba al frente de los hombres, al semi-dios que con una mirada estremecía el universo! Acercaos.... mirad..... un cadáver! volved á mirar, podredumbre! mirad otra vez, nada!

Porque el hombre, hijo del hombre, está lleno de corrupcion y de miseria.

Un cristiano oscuro ha leído: « Heñós fue hijo de Seth, que lo fue de Adán, que lo fue de Dios. » Este cristiano ha alzado también los ojos, y ha visto á la humanidad en la persona de Jesucristo, sentada resplandeciente á la diestra del Eterno. Ha leído, ha visto, cree, y á su fé la vivifica con sus obras. Con que soy, exclama con una especie de gozo que seria orgullo si el cielo no lo santificase, con que soy hijo de Dios, hermano de Jesucristo, inmortal heredero de su gloria? Y al decir esto se siente grande, y es humilde; porque astro brillante sabe que le viene toda su luz del sol de gracia. Yo doy que le cerque angustiosa pobreza, que le sigan como sombra crueles persecuciones. No importa; la vida es un instante, la eternidad es..... la eternidad: el mundo no es la patria del cris-

tiano: Jesucristo nació en un pesebre, y llevaba al morir una corona de espinas.

Por ello, glorioso en su pobreza, sereno en la adversidad, el cristiano con andrajos de mendigo levanta una frente de rey, y lanza miradas de vencedor entre las cadenas que le acusan de delincuente. Védle: ahí teneis un hombre libre! Imaginai que nacido para sentarse en un trono de la eternidad, porque le amenaceis con el hacha del verdugo, ó con el puñal del asesino; ó porque le ofrezcais un poco de ese metal que llaman oro, irá á lamer vilmente los pies de un déspota, ó á aplaudir con infame temor la cólera ferozmente caprichosa de un populacho? Cargadle de cadenas..... le llenais de gloria. Empujadle al sepulcro.... le acercais á la eternidad. Él entonces se revuelve ácia vosotros; él os la muestra como con el dedo. Por qué os turbais? por qué os poneis pálidos? por qué os estremecéis? Os estremecéis, en tanto que se arroja apaciblemente el cristiano en los brazos de Dios, y se encuentra en el cielo. En vano al pisar su cadáver, quereis gozaros con absurda atrocidad: la víctima se ha escapado al verdugo, dejando solo en sus manos su vestido miserable, y en su frente una gota de sangre inextinguible para que le conozca Dios en el día de su juicio. La víctima se ha escapado al verdugo, y ha volado adonde su corto brazo no puede alcanzarla, á sentarse en un trono no perecedero, como los tronos de la tierra; á ceñirse en el cielo con majestad anjélica la corona de la gloria, ya que llevó en la tierra con humilde dignidad la corona de la desgracia.

Porque el hombre hijo de Dios está lleno de sublimidad y de grandeza.

A. APARICI.

POESIA.

Inunda paz sabrosa mi corazón tranquilo,
y dichas y deleites encuentro por dó quier:
mi ser halló en mi alma inalterable asilo,
mi espíritu respira el ámbar del placer.

Y nada me atormenta, ni envidia, ni deseo:
mi espíritu al abrigo de la tormenta está:
pasar á las edades indiferente veo;
mecido en dulces sueños mi pensamiento va.

Y á veces me arrebatá mi loca fantasía
en alas de su jóven fecunda inspiracion,
y á un mundo me trasporta de encanto y de armonía,
dó gozan mis potencias espléndida ilusion.

Mi espíritu se libra del cuerpo que le encierra,
y grande y poderoso como su Dios se cree,
y alcanza desde el zénit á la lejana tierra
cual punto en el espacio que apenas no se ve.

Y el orbe ante mis ojos despliega los misterios
que impulsan la infinita y escelsa creacion;
y hollando los escombros de tronos y de imperios
revienta en armonía mi libre corazón.

Cuanto es en los espacios su ser me patentiza,
un templo ante mis ojos el universo es,
y todo en su recinto se ensalza y diviniza,
y la creacion entera tendida está á mis pies.

No hay canto, ni suspiro, lamento ni murmullo,
cuyo eco misterioso finir no sepa yo,
que mi niñez mecieron los bosques con su arrullo
y su creencia santa la soledad me dió.

La música comprendo que en las volubles hojas
resuena á la presencia del zefiro fugaz:
y entiendo en el otoño el ay! de sus congojas
con que piedad impioran del ábrego tenaz.

Yo sé como susurran con diferentes voces
marchitas en setiembre, jugosas en abril,
ya rueden con el polvo en círculos veloces,
ya con su toldo verde coronen el pensil.

Yo entiendo de las aves los cánticos distintos
al saludar al alba ó huir la tempestad,
buscando de las selvas los concavos recintos
en donde alegres gozan salvaje libertad.

Entiendo el agorero graznar de la corneja,
la ronca voz del buitre que huele su festin,
del solitario budo la temerosa queja,
y el amoroso trino del ájil colorin:

Y el ruido con que vuela la errante mariposa,
los pasos de la oruga sobre la fresca flor,
el desigual zumbido con que anda codiciosa
la abeja, de su cántic volando en derredor:

El son con que su nido columpia la oropéndola
del alamo frondoso suspenso en la altitud,
y los murmullos que alzan las ráfagas meciéndola
haciendo revoltosas eterna su inquietud:

Los májicos rumores que elevan diferentes
las diferentes aguas del bosque ó del jardín,
cuando los montes sulcan sus rápidos torrentes,
cuando en los valles buscan sus arroyuelos fin:

Y el temeroso acento de las voraces fieras,
de la tormenta ronca el iracundo son,
en mis oidos posan las notas lisonjeras
que ensalzan y armonizan la inmensa creacion.

Conozco de los astros la incognita carrera,
del ánjel que los guía la luminosa faz,
y del rostro santo que en ellos reverbera
torrentes derramando de vida y claridad.

Las nubes le saludan con majestuoso trueno,
la atmósfera le enciende relámpago veloz,
la tierra le abre humilde su perfumado seno,
y el mar canta su gloria con incesante voz.

Si airado pestañea los mundos se estremecen,
si torna el rostro yacen en muerta oscuridad,
si un álito les niega caducan y envejecen;
él solo es la existencia, la luz y la verdad.

Para él tiene tan solo la eternidad guarismo,
y número los ástros, y las edades fin,
y límite el espacio y término el abismo,
y nada se le esconde por lóbrego ni ruin.

Su dedo es la balanza que en equilibrio tiene
la máquina gigante de su alta creacion,
y cuanto en ella existe su dedo lo mantiene,
y ese es el Dios que canta mi lengua y mi razon.

Y voz no hay, ni suspiro, lamento, ni murmullo,
cuyo eco misterioso por él no entienda yo,
que mi niñez mecieron los bosques con su arrullo,
y su creencia santa la soledad me dió.

J. ZORRILLA.

ALBUM DEL REFLEJO.

Aspirantes á la milicia.

BEN hubiéramos deseado acompañar con este número una lámina en acero grabada al humo, para que vieran nuestros suscritores el primer ensayo que de este género se ha hecho en España; pero dificultades de estampacion, que podemos ya dar por casi vencidas, han sido causa de que la dilatemos hasta el mes próximo. El grabado al lápiz que va con este número es tambien nuevo en España; acaso lo tosco de sus contornos no agrade á la multitud, á quien solo admiran esas láminas finisimas, prodijosas mas por la paciencia y laboriosidad que revelan, que por el jénio del artista que las ha ejecutado. Creemos por tanto que los inteligentes nos agradecerán este ensayo, primero que se ha hecho en nuestro pais, y cuyo género permite conservar toda la intencion del original, todos los descuidos y aun las correcciones del pintor. El que representa esta lámina ha sido dibujado por el célebre Charlet, á cuya amistad se le debimos en Paris para adornar un album, y grabado y estampado en las oficinas del Deposito Calco-gráfico, que con tan buenos elementos cuenta para dar impulso y vida á la calcografía en España, siendo uno de ellos el de poder grabar en acero al agua fuerte, medio desconocido hasta ahora entre nosotros, pues la única plancha en acero que se ha abierto en Madrid ha sido la que han dado con el DIABLO COQUELO sus editores, debida al hábil buril de don Pascual Serra.

Réstanos hacer una advertencia: la época de miserias políticas que alcanzamos nos obliga á hacerla. **ASPIRANTES Á LA MILICIA** no quiere decir que queramos poner en ridiculo á la milicia ciudadana, tanto menos cuanto ya hemos dicho que el dibujo ha sido ejecutado en Paris, y fué inspirado por unos muchachos que jugaban á los soldados. Será preciso que demos mas esplicaciones? El hacerlo seria insultar á las personas sensatas.

Adviertan igualmente nuestros suscritores que en la cabeza del número de hoy dice que daremos dos ó TRES láminas mensuales. Esto nos permitirá satisfacer todos los gustos y alhagar todos los deseos.

LIBRO DE MEMORIAS.

TEATROS. — En el del Príncipe se estrenó el jueves pasado la comedia, original de Breton de los Herreros, titulada *ESTABA DE DIOS!* No creemos que cifre en ella su autor grandes pretensiones, pues se conoce bien que no debe haber meditado mucho sobre ella, siendo resultado sin duda su composición de breves días, con esa facilidad prodigiosa que todos la conocemos, y que sobre el asunto mas insignificante y decaído de interés sabe ordinar una comedia, en menos tiempo acaso del que necesita un escribiente para copiarla en limpio. Los chistes, los versos lijeros, como de costumbre, abundan en esta pieza. Por eso no nos detendremos nosotros en mayor análisis, tanto mas cuanto el éxito no ha sido mas que regular. De la ejecución si hablaremos con todo el elogio que se merece, aunque sabido es que en este coliseo gozan todas las producciones dramáticas que se representan en él de esa perfecta igualdad y acorde conjunto que tanto brillo suelen darles. Las señoras Díez y Lamadrid, los señores Romeas y el señor Fabiani realzaron, en cuanto pudiera prometerse el autor, los diferentes caracteres que les correspondían.

LICHO. — Gran vida y animación va tomando esta sociedad. El jueves pasado se ejecutó en un teatro *LA MORA DE CARTAGO*, y en ella nos acabó de revelar la señorita Luna las felices disposiciones que muestra para la escena; sobre todo en la ejecución de nuestras comedias antiguas, adecuándose perfectamente á su manera de decir los caracteres desdeñosos. El señor Vega igualmente y demás socios que representaron los otros papeles estuvieron felices; pero donde mas lucieron sus talentos fue sin disputa alguna en la función del domingo, en *LA MOSCATA*. La señorita Tablares, esta joya preciosa de los teatros caseros, estuvo admirable; bien se lo manifestó la concurrencia con sus repetidos aplausos, partiéndolos con el señor Vega, que, como en papel mas adecuado á su carácter, estuvo inimitable. Este socio que cuanto produce es hijo en él de un concienzudo estudio, nos representó al mozo calavera con todo el grotesco de que es capaz el mas escalante cómico (y no entendemos aqui por cómico al que hace profesion de comediante). Por eso es que en todos aquellos papeles en que se requiere

una acción exajerada hay pocos ó ninguno que aventajen al señor Vega. Las señoritas Luna y Escalante contribuyeron tambien perfectamente, como asimismo los señores Escobar, Marraci, marqués de los Llamos y Hartzembusch, que no dejaron nada que desear y excitaron mas de una vez la satisfactoria sonrisa de la concurrencia. La nueva junta gubernativa se va haciendo cada dia acreedora á mayores elogios, y sabemos que se ocupa en dictar bien entendidas disposiciones que, introduciendo algun arreglo en las secciones, puedan dar estas útiles y mas positivos resultados. — Esta noche gran concierto, al que se cree concurrirán SS. MM. — M.^o

UNION LITERARIA. — Tal es el nombre que lleva una vasta empresa que han fundado los señores Hidalgo, Mellado y Lavergne, con el objeto de publicar á un precio módico tanto las obras antiguas que yacen olvidadas, ya las modernas originales que se presenten, ya buenas traducciones, ya tambien algunas en idioma extranjero. Los medios que indican en su prospecto no dudamos sacarán al comercio de libros del estado lastimoso en que se encuentra, abandonado por la mayor parte á manos poco inteligentes y nada laboriosas. Siendo el capital que necesitan un millon de reales, han recurrido para proporcionarse esta suma no á ningun capitalista, cuyo enorme interés gravaria á la empresa, no al recurso de las acciones que produciria las desavenencias y falta de criterio en la marcha del negocio á causa de la multitud de accionistas que querrian manejar de cerca sus intereses, sino á un empréstito colectivo, en que por medio de cupones de á mil reales pueden interesarse no los que quieren poner á réditos su dinero, sino los que buscan facilidades para adquirir libros. Varias son las ventajas que presentan á estos prestamistas parciales los fundadores de la dicha empresa, y no es pequeña la que ofrece un veinte y cinco por ciento de rebaja en la adquisición de libros. Sin embargo, donde disponen que se hará el reembolso siguiendo por pauta la primacia de la imposición, creemos nosotros que hubiera sido mayor ventaja y estímulo seguir la razon inversa en vez de la directa; porque, llegando á tener

crédito la empresa, es un beneficio el que se tarde en el reembolso, pues de este modo se gana por mas tiempo interés, y sería en cierta manera un premio al que mas pronto acudiese á prestar su dinero. Al escribir estas líneas no hemos tenido presente el prospecto, sino solo los recuerdos que conservamos de una rápida lectura. No obstante podemos afirmar que como dichos señores lleven á cabo cuanto tienen premeditado, reportará su empresa grandes beneficios al país. — M.^o

EL PIE REQUERIDO. — Hace algunos dias en una reunion de esta corte decia cierta señorita hablando de otra que se hallaba en distinto grupo. — No sé como V. V. la elojian; es tan chiquita! Apenas tiene cuatro pies. — Cierto es, respondió un tertulio, pero en cambio tiene V. uno que vale por cuatro. La damisela miró su pie, y advirtió que el interlocutor tenia razon.

CONFORMIDAD MEDICA. — Hay en Madrid un médico, que podria ser célebre, el cual no hace muchos dias se presentó á visitar uno de sus enfermos. El criado le detuvo diciéndole era inútil que entrase, porque el paciente habia muerto aquella misma noche. Murió ya! repuso el doctor. Ah, bribonazo!

PRATODICOS DE PROVINCIA. — Una de las causas de la decadencia de España es sin disputa el espíritu de provincialismo que impide que refluyan á la capital mil elementos de produccion que yacen esparcidos por toda ella, y que si se reuniesen en la corte darian grandes é inmensos resultados. Hay en nuestras provincias número infinito de periódicos literarios que están viendo la luz publica sin provecho para sus redactores y sin provecho para la generalidad del país; y cuenta que de muchos de ellos podrian aprender otros que se llaman literarios de esta corte. Ocurreranos estas reflexiones al considerar las mejoras que tanto tipográficas como literarias acaban de introducir los editores del *RECRO COMPOSTELANO*, que se publica en Santiago bajo la dirección del aplicado jóven don Antonio Neira. A unos y á otro damos nuestro mas sincero elogio; mas sentimos en verdad que tan asiduos trabajos queden circunscritos á un rincon de la monarquía. — Se suscribe en la librería europea.

MADRID: IMPRENTA DEL REFLEJO.